

Jenofonte

# Anábasis

Introducción, traducción y notas  
de Óscar Martínez García



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2006  
Segunda edición: 2016  
Segunda reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Óscar Martínez García, 2006  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-453-6  
Depósito legal: M. 18.086-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Introducción de Óscar Martínez García
34	Nota bibliográfica
	Anábasis
39	Libro I
91	Libro II
129	Libro III
169	Libro IV
217	Libro V
265	Libro VI
305	Libro VII
365	Índice onomástico



# Introducción

«La Anábasis de Ciro» o «La Retirada de los Diez Mil»

Hay libros cuyo título es capaz por sí mismo de suscitar ese misterioso fervor del que hablaba Borges a la hora de ensayar su famosa definición de clásico<sup>1</sup>. El *Fausto* de Goethe, el *Moby Dick* de Melville, la *Eneida* de Virgilio..., son obras que, a mayor o a menor distancia (según si hemos decidido leerlas o, por el contrario, darlas por ya leídas, según otra famosa definición, esta vez de Italo Calvino)<sup>2</sup>, han acompañado

1. «Clásico no es un libro que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad»; cf. J. L. Borges, «Sobre los clásicos», en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, 1952 [y Alianza Editorial, Madrid, 1997, p. 292].

2. Al comienzo de su memorable *Por qué leer los clásicos*, Calvino ofrece catorce célebres propuestas de definición de clásico; la que más se compadece con lo que acabamos de decir podría ser la novena:

como rumor de fondo a generaciones y generaciones de lectores, proponiéndoles bajo sus cautivadores y enigmáticos títulos la aventura de la experiencia humana: sus esperanzas, sus luchas y sus conquistas. La *Anábasis* de Jenofonte nos habla, como ningún otro libro, de todo ello.

El título original de la obra es el de *La Anábasis de Ciro*, en alusión al príncipe persa que protagoniza el primero de los siete libros en los que desde antiguo se ha venido dividiendo la obra. Sin embargo, a partir del segundo libro el foco de la tensión narrativa se desplaza a otros personajes o, mejor dicho, a un personaje coral que responde al nombre legendario de los Diez Mil; no se puede decir que las dos historias no tengan nada que ver entre ellas, pero sí que la aventura toma, desde el final de ese primer libro, otro rumbo distinto: sí, como iremos viendo en las líneas que siguen, la parte inicial tiene un cierto aire evocador de la *Ilíada*, la segunda plantea una peripecia inequívocamente odiseica. A esto se debe que en muchas traducciones antiguas y modernas aparezca como título alternativo, o bien como subtítulo, el de *La Retirada de los Diez Mil*.

La palabra griega *anábasis* simplemente quiere decir «subida», «ascensión», pero también era empleada con el significado más concreto de «marcha al interior» en referencia al trayecto desde el litoral hasta las tierras altas del interior de un país; con un sentido aún más con-

«Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad»; pero también la primera: «Los clásicos son esos libros de los cuales se suele oír decir: “estoy relejendo...” y nunca “Estoy leyendo...”».

creto el término *anábasis* designaba el camino que conducía desde las ciudades griegas de la franja costera de Asia Menor hasta el corazón mismo del Imperio Persa, precisamente la ruta seguida por la expedición que, tras la muerte de Darío II, su hijo Ciro el Joven organizó contra el heredero del trono, Artajerjes II, su propio hermano. Con el objeto, pues, de marchar contra el Gran Rey, el príncipe rebelde reclutó un gran ejército en el que se encontraba un contingente de soldados procedentes de diversas regiones de Grecia en un número aproximado de diez mil, el mayor contingente de mercenarios griegos que jamás se había reunido. Apenas tres años atrás, en el 404 a. C., acababa de concluir la larga y devastadora contienda que había enfrentado a griegos contra griegos; el fin de la Guerra del Peloponeso suponía que miles de soldados se hubieran quedado sin ocupación, por lo que la convocatoria de Ciro fue recibida como una nueva llamada a la acción; la diferencia era que ya no luchaban por la salvación de sus ciudades sino por una paga, bien ganada, en oro persa<sup>3</sup>.

Calculadamente, Ciro había ido reclutando a sus fuerzas extranjeras por separado con el objeto de no despertar las sospechas de su hermano, quien, con anterioridad, y a instancias del sátrapa de Lidia, el inefable Tisafernes, había estado a punto de matarlo por conspirar supuestamente contra él. De este modo, poco a poco

3. Sobre la figura del mercenario, véase el clásico de H. W. Parke *Greek Mercenary Soldiers From the Earliest Times to the Battle of Ipsus* (Oxford, Clarendon Press, 1933) o el más reciente de Matthew Trundle *Greek Mercenaries from the Late Archaic Period to Alexander* (Londres-Nueva York, Routledge, 2004).

van llegando los expedicionarios griegos bajo el mando de sus prestigiosos estrategos: Jenias de Parrasia al frente de sus cuatro mil soldados de infantería pesada, los hoplitas; Próxeno de Beocia con mil quinientos hoplitas más y quinientos hombres de infantería ligera o peltasas; el arrogante Menón de Tesalia, el mismo a quien Platón dedica su homónimo tratado sobre la virtud, acaudillando a sus mil hoplitas y a sus quinientos peltastas; el fiero Clearco de Esparta al mando de otros mil soldados acorazados, ochocientos hombres de infantería ligera y doscientos experimentados arqueros cretenses; Soféneto de Estínfalo, Sosias de Siracusa, Pasión de Mégara, Quirisofo de Esparta y Sócrates de Acaya aportaban el resto de hombres hasta completar un ejército de unos catorce mil efectivos destinados a ocupar con sus falanges el ala diestra de la armada de Ciro en la dramática jornada de Cunaxa. Pero esto ellos todavía no lo sabían.

En efecto, Ciro no sólo había tratado de celar, como era lógico, sus intenciones a Artajerjes, sino que también se las había ocultado a sus mercenarios, quienes en todo momento se habían movido bajo la idea de que marchaban en una expedición de castigo contra alguna provincia rebelde; ¿quién en su sano juicio habría podido pensar que en realidad se dirigían contra el Gran Rey? Sin embargo, a cada paso que dan, con cada etapa que suman, las sospechas comienzan a convertirse en certezas, las noticias corren de unas compañías a otras y los indicios se multiplican, hasta que en un momento determinado la expedición, la marcha al corazón del Imperio Persa amenaza con detenerse: el ejército en bloque se planta, los soldados comienzan a apedrear a



sus estrategos cada vez que les conminan a dar un paso más, algún que otro contingente llega incluso a desertar, pero la mayoría tiene conciencia plena de lo que son; son mercenarios y hay que volver a negociar. El pasaje que va desde el capítulo tercero hasta el quinto del libro primero es, en este sentido, memorable: con ellos ya no valen las arengas de sus generales acerca de una Grecia cuyas ciudades se han estado despedazando a lo largo de treinta años; su móvil, el de los soldados, pero también el de los oficiales, es el dinero, y cada vez que Ciro quiere ganarse su lealtad ha de prometerles un aumento de sueldo. No les mueve ningún ideal de valor o sentimiento patriótico; tampoco les motiva una sed de gloria o aventuras, por así decirlo, homéricas. Con todo, no faltan a lo largo de la obra gestos de coraje o generosidad, como el que, con gratitud infinita, consigna Jenofonte en otro pasaje:

En cuanto tomaron la veta del altozano desde el que bajaba Jenofonte, comenzaron a hacer rodar piedras loma abajo; a uno le quebraron la pierna y el portador del escudo de Jenofonte salió huyendo llevándose consigo. Entonces, un hoplita arcadio, Euríloco de Lusio, corrió en su auxilio y colocó el escudo delante de ambos para cubrir así la retirada (IV 2.21).

Pero como alguien ha indicado<sup>4</sup>, se trata de un destello fugaz, un gesto fuera de moda de viejo guerrero épico.

4. Cf. E. Savino, Introducción a *Senofonte. Anabasi*, Milán, Mondadori, 1984, p. 20.

Acudamos aún a un pasaje más que ilustra como ningún otro el descreimiento con que se conduce este nuevo tipo de soldado:

Entretanto, Jenofonte se paseaba a caballo entre las filas arregando a sus hombres: «¡Soldados, pensad que estamos corriendo hacia Grecia, hacia vuestras mujeres e hijos; haced ahora este pequeño esfuerzo y no habrá más lucha en lo que queda de camino!». Entonces Sotéridas de Sición replicó lo siguiente: «No estamos en igualdad de condiciones, Jenofonte. Tú vas a caballo y yo estoy completamente destrozado a fuerza de llevar el escudo». Cuando Jenofonte oyó sus palabras, se bajó del caballo, lo arrastró fuera de la fila y, arrancándole el escudo, prosiguió la marcha con él en las manos lo más deprisa que pudo; todavía llevaba encima la coraza de jinete, con lo que soportaba un enorme peso. A los que iban delante de él les ordenaba que siguieran, a los que marchaban por detrás, que lo adelantaran, ya que le resultaba difícil mantener el paso. El resto de los soldados golpearon a Sotéridas, le apedrearon y le insultaron hasta que le obligaron a volver a coger el escudo y reanudar la marcha (III 4.46-49).

Este acto de Jenofonte será imitado por Alejandro cuando, apeándose de su caballo, coja el hacha y la estrelle contra el hielo que interrumpe la marcha de sus hombres; el gesto de Jenofonte es heroico, y frente a él, Sotéridas aparece retratado, incluso para sus propios compañeros, como un ser mezquino, casi despreciable; sin embargo, la cínica respuesta que da a la necesaria pero demagógica arenga de su superior no es la de un héroe, sino la de un honesto mercenario, la de un hombre que se gana la vida con las armas.

Pero a estas alturas de la aventura, cuando aún no se ha producido el choque de fuerzas, ni Jenofonte, el narrador-estratega, ni los Diez Mil se han hecho con el protagonismo de la historia; hasta entonces y durante todo el libro primero la figura que domina la escena es la del príncipe rebelde, y todo gira en torno a él. Ciro reclama el trono de los Aqueménidas porque, si bien es obvio que su hermano era mayor, él es el hijo que nació en la púrpura, es decir, tras la ascensión al poder de su padre, Darío II, el mismo motivo por el que ochenta años atrás Jerjes había sido elegido Gran Rey en detrimento de un hermano mayor. Las pinceladas con que Jenofonte delinea a Ciro son magníficas: su ambigua relación con la esposa del rey de Cilicia, en cuyo honor hace pasar revista, orgulloso, a las imponentes falanges de sus mercenarios griegos, la forma en que a un gesto suyo los más altos dignatarios de Persia hunden sus manos repletas de brazaletes de oro en el fango para empujar un carro que se ha quedado encastrado en el barro o el encomio con que se cierra el primer libro son pasajes que dibujan una personalidad de una proyección extraordinaria, el paradigma perfecto de hombre *kalòs kai agathòs*<sup>5</sup>.

Pero, sin duda, el momento estelar de Ciro en la *Anábasis* es el instante crucial de la batalla. Sobre la llanura de Cunaxa, con los ejércitos contendientes recortándose, frente a frente, en la línea del horizonte (los cien mil bárbaros de Ciro más sus doce mil mercenarios griegos

5. «Hermoso y noble»: la *kalokagathía* es un ideal griego de realización personal consistente en la búsqueda de la excelencia a partes iguales tanto en el plano físico como en el moral e intelectual.

frente al millón doscientos mil de Artajerjes más sus doscientos carros falcados)<sup>6</sup>, el príncipe vislumbra a su hermano y, con el impulso demoníaco de un héroe romántico, se lanza en un asalto solitario en el que únicamente le acompañan ocho fieles contra el Gran Rey, quien se encuentra blindado por una guardia acorazada de seis mil hombres. Es el fin de Ciro, el fin de la rebelión y el fin de la *anábasis* propiamente dicha.

Desde el punto de vista del fuego narrativo la situación no puede ser más interesante: tan sólo ha transcurrido una séptima parte de la aventura y ésta se ha quedado ya sin su actor principal, por lo que son otros los que ahora reclaman el protagonismo. Es, en efecto, la hora de los grandes estrategos, quienes se encuentran al mando de una tropa de doce mil mercenarios absolutamente desconcertados; no en vano han salido victoriosos en la porción de batalla que les correspondía, pero se acaban de enterar de que su condotiero ha muerto y la conjura ha fracasado. Toca negociar de nuevo, pero esta vez con el enemigo, y es aquí donde aparece con todo su fulgor la figura insidiosa de Tisafernes. Porque si en la *Anábasis* existe un villano, un archienemigo, ése es el sátrapa de Caria, de Lidia y de la Gran Frigia, el comandante en jefe de todas las fuerzas persas de la franja occidental de Asia Menor; ni siquiera el Gran Rey podría asumir las trazas de antagonista como lo hace Tisafernes, por más que éste actúe como mero instrumento ciego de su soberano; Artajerjes es el emperador

6. Las cifras que ofrece Jenofonte no son verosímiles; lo más probable es que el ejército rebelde estuviera compuesto por unos cuarenta mil efectivos, mientras que el ejército imperial debería contar con un número de quince mil a veinte mil hombres más.

que defiende su trono, una especie de amenazador fantasma para los griegos, una sombra inquietante que en cualquier momento puede caer contra ellos y aniquilarlos; merece la pena, no obstante, recordar que son ellos sus enemigos, las fuerzas invasoras de su imperio. Por el contrario, Tisafernes es un ser taimado, es él quien envenenó los oídos del Rey calumniando a Ciro y originando la represalia que a su vez provoca la reacción rebelde del hermano menor<sup>7</sup>; por otro lado, Tisafernes es un viejo conocido de los griegos. Hacia el final de la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), en el momento crucial para la suerte del conflicto entre Atenas y Esparta, el sátrapa ofreció su decisivo apoyo a estos últimos, con el objeto de recuperar el control de las ciudades helenas de la costa asiática que con anterioridad habían pertenecido al Imperio Persa pero que en aquellos momentos formaban parte de la liga liderada por los atenienses. No cabe duda de que su aportación económica a la flota espartana impulsó la progresión de los lacemonios en el conflicto, pero en un momento determinado, a instancias del ateniense Alcibíades, que le había convencido de que lo mejor para sus intereses era que las dos potencias griegas se desangraran gota a gota en una lucha interminable, Tisafernes cortó el suministro de oro a los espartanos. Éstos no tardaron en elevar sus protestas a Darío II, quien, en respuesta, encargó a un joven Ciro, de apenas diecisiete años de edad por aquel entonces, que tomara el relevo de Tisafernes al frente del ejército y de las más importantes satrapías del Imperio. Corría el 407 a. C.,

7. Ésta es la única razón que aduce Jenofonte a la hora de explicar la decisión de Ciro de marchar contra su hermano; cf. *Anábasis* I 1.4.

y el resto es de sobra conocido: los espartanos ganaron la guerra y se convirtieron en la potencia hegemónica de Grecia. De este entendimiento nació la confianza de Ciro en la disciplina y en la superioridad militar de las falanges heleñas, pero también el odio inquebrantable de Tisafernes hacia el brillante hijo menor de Darío y sus amigos griegos.

Qué hacer, pues, se preguntaban los estrategos. Las tropas persas que habían combatido del lado de Ciro, con el otrora fiel Arieo a la cabeza, habían aceptado la llamada benévola y comprensiva del Gran Rey y se habían sumado a sus filas; por su parte, Tisafernes les ofrecía a los griegos la posibilidad de entregar las armas y así obtener la clemencia de Artajerjes. La respuesta es contundente: «Mientras nos queden las armas podremos disponer también del valor, pero si las rendimos, además perderemos la vida» (II 1.12). A partir de este momento, la acción de este episodio se precipita hasta un colofón de marcada intensidad dramática; tras ofrecer un pacto a los estrategos, Tisafernes invita a su campamento a la plana mayor de los expedicionarios griegos y allí, traicioneramente, pasa a cuchillo a todos los generales junto a una veintena de capitanes. Es entonces cuando un ejército descabezado y absolutamente desconcertado ha de emprender su gloriosa retirada en el corazón de las tinieblas; es en este momento donde toma principio la *Retirada de los Diez Mil*, cuando, por fin, la columna errante más célebre de la historia y de la literatura adquiere su protagonismo.

Comienza entonces una aventura de tintes odiseicos en un esforzado camino de vuelta a la patria en la que los mercenarios, que ahora ya no combaten por una paga, sino por salvar la propia vida, han de abrirse paso con sus propios

medios en un territorio y unas condiciones cada vez más hostiles. Desde las tierras del Éufrates hasta las costas del Mar Negro, pasando por las escarpadas montañas de Armenia, los Diez Mil habrán de afrontar situaciones de variados y extremados peligros, como la brutal tormenta de nieve magistralmente descrita por Jenofonte en el quinto capítulo del libro cuarto o el paso imposible de ríos de caudal inagotable y enriscadas montañas, atrapados siempre entre los frentes de alguna salvaje tribu indígena y los implacables soldados de Tisafernes. Al frente de ellos, dos estrategos elegidos in situ para reemplazar a los generales asesinados: el espartano Quirísofo, al mando de los hombres de vanguardia, y un ateniense, el mismísimo Jenofonte, dirigiendo la retaguardia. Los dos improvisados estrategos consiguen que, a pesar de los muchos contratiempos, la columna llegue al añorado y esperanzador mar, ante cuya visión los curtidos profesionales de la guerra no pueden evitar proferir un emocionado grito de eco inmortal:

A medida que los gritos se hacían más intensos y cada vez más próximos, y dado que, poco a poco, la gente que llegaba se iba sumando a los que no paraban de gritar, de forma que cuantos más acudían mayor era el vocerío, Jenofonte pensó que ocurría algo especialmente grave, por lo que, subiéndose a su caballo, tomó consigo a Licio y al cuerpo de caballería y acudió en su auxilio; de repente, oyeron a los soldados proferir un grito que corría de boca en boca: «¡El mar, el mar!». En ese instante, la retaguardia entera se echó a correr hacia allí, azuzando también a las bestias de carga y a los caballos. Cuando se hallaron en la cima, todos comenzaron a abrazarse entre sí, incluidos estrategos y capitanes, con lágrimas en los ojos (IV 7.23-25).

A continuación llegan a la colonia griega de Trapezunte y, finalmente, tras una azarosa peripecia en la que los aventureros se vuelven a convertir en mercenarios al servicio de un pintoresco rey tracio de nombre Seutes, recalán en Pérgamo, donde Jenofonte pone a sus hombres en manos del general en jefe espartano Tibrón. Por aquel entonces de los catorce mil soldados iniciales ya sólo quedan cinco mil, y a diferencia de Odiseo, que consigue llegar a su patria, el destino de estos hombres no está en su hogar, al margen ya de las armas y los desvelos; como buenos mercenarios (o como gente que no tiene en su horizonte otro destino que la batalla), los supervivientes se volverán a enrolar con Tibrón, quien proyecta una campaña militar contra Tisafernes, y lo harán, naturalmente, a cambio de una paga.

Dos cosas nos restarían aún por decir en esta breve nota introductoria; la primera tiene que ver con la paradoja de que los Diez Mil, que en ningún momento de la obra son denominados bajo este apelativo, nunca aparecen en ese número. La cifra más aproximada a la emblemática cantidad es la de los nueve mil ochocientos efectivos que aún quedan con vida tras las violentas escaramuzas contra los carducos; a Cerasunte llegarán ocho mil seiscientos, y tras la campaña tracia a las órdenes de Seutes sólo quedarán seis mil: ¿de dónde procede, pues, la expresión de la leyenda?<sup>8</sup>. Se ha propuesto que en la *Anábasis* redactada por otro destacado participante de la expedición<sup>9</sup>, Soféne-

8. Para una explicación más circunstanciada, cf. P. Masqueray, «Les Dix-Mille. Origine de l'expression», en *Xénophon. Anabase. Tome I*, 8.ª ed., París, Les Belles Lettres, 2002, pp. 17-20.

9. La aventura fue puesta por escrito, además de Jenofonte, por el estratega Soféneto de Estínfalo y por Ctesias, el médico personal de



to de Estínfalo, se ofrecía de inicio esta cifra más redonda y simbólica, pero el problema es que su relato de los acontecimientos no ha llegado hasta nosotros. Frente a esta suposición se alza el hecho de que los persas contaban sus efectivos por *myriádes*:

Éste es el balance que en aquel entonces arrojó la revista de armas: entre las fuerzas griegas, diez mil cuatrocientos hoplitas y dos mil quinientos peltastas, mientras que los bárbaros que acompañaban a Ciro sumaban cien mil, con unos veinte carros falcados aproximadamente (I 7.10),

y donde nosotros traducimos «cien mil», Jenofonte escribe *déka myriádes*, esto es, «diez miríadas», y así, en parangón con las *myriádes* persas de Ciro, las tropas mercenarias griegas pasarían a ser conocidas por la posteridad bajo el nombre con tonos legendarios de los Diez Mil, la miríada heroica por excelencia.

En segundo lugar, no queríamos dejar de consignar, ya para finalizar, una reflexión en la que Italo Calvino redimensiona el papel de estos mercenarios y el valor y carácter último de su aventura<sup>10</sup>:

En las memorias del general del siglo V el contraste se da entre la condición de plaga de langostas a la que se ve reducido

Artajerjes. También Diodoro de Sicilia, en el libro XIV de su *Biblioteca Histórica*, narra el episodio de la *Anábasis*.

10. Cf. I. Calvino, «Jenofonte, *Anábasis*», en *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1992.

el ejército de los mercenarios helénicos y el ejercicio de las virtudes clásicas, filosófico-cívico militares, que Jenofonte y los suyos tratan de adaptar a las circunstancias [...]: Jenofonte parece estar seguro de haber logrado conciliar los dos términos. El hombre puede verse reducido a ser una langosta y aplicar sin embargo a su situación de langosta un código de disciplina y de decoro —en una palabra, un «estilo»— y confesarse satisfecho, no discutir ni mucho ni poco el hecho de ser langosta sino sólo el mejor modo de serlo. En Jenofonte ya está bien delineada, con todos sus límites, la ética moderna de la perfecta eficacia técnica, del «estar a la altura de las circunstancias», del «hacer bien lo que se hace», independientemente de la valoración de la propia acción en términos de moral universal [...]. Jenofonte tiene el gran mérito, en el plano moral, de no mistificar, de no idealizar la posición de su bando. Si a menudo manifiesta hacia las costumbres de los «bárbaros» la distancia y la aversión del «hombre civilizado», debe decirse, sin embargo, que la hipocresía «colonialista» le es ajena. Sabe que encabeza una horda de bandoleros en tierra extranjera, sabe que la razón no está del lado de los suyos sino del lado de los bárbaros invadidos [...]. En el intento de dar un estilo, una norma, a ese movimiento biológico de hombres ávidos y violentos entre las montañas y llanuras de Anatolia, reside toda su dignidad [...]. Sabemos que se puede muy bien llegar a dar apariencia de estilo y dignidad a las peores acciones, aunque no sean dictadas como éstas por la necesidad. El ejército de los helenos, que serpentea por las gargantas de las montañas y los desfiladeros, entre continuas emboscadas y saqueos, sin distinguir ya hasta dónde es víctima y hasta dónde opresor, rodeado aún en la frialdad de las masacres por

la suprema hostilidad de la indiferencia y del azar, inspira una angustia simbólica que tal vez sólo nosotros seamos capaces de entender.

Hombres o langostas, héroes o bandoleros, esta hazaña quedó grabada en el imaginario griego como una de las páginas más gloriosas de un duelo eterno con Oriente que los propios helenos, con Heródoto a la cabeza, remontaban al episodio de la guerra de Troya. En contraposición, se ha señalado que para los persas la aventura apenas alcanzó la envergadura de anécdota, como si en realidad no hubieran querido emplear toda su determinación en aplastar a esa columna de invasores errantes. Sea como fuere, lo cierto es que un puñado de griegos lograron atravesar el corazón del Imperio con la autoridad de sus armas, su coraje y su disciplina, y de esta experiencia hubo alguien que tomaría buena nota: Alejandro Magno, rey de Macedonia. Pero ésa ya es otra historia.

## Jenofonte y el pequeño gran estilo

Sostiene Werner Jaeger<sup>11</sup> que fue su ardiente inclinación a la guerra y a la aventura lo que le empujó a Jenofonte hasta al círculo mágico de Ciro, despidiéndose, acaso para siempre, del entorno no menos mágico de Sócrates. El propio narrador-mercenario dejó constancia de este simbólico salto en las páginas de su *Anábasis*:

11. Cf. W. Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, trad. esp. de Wenceslao Roces, 1.ª ed. en un volumen, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 951.

Jenofonte<sup>12</sup> le consultó a Sócrates el ateniense a propósito del viaje, y Sócrates, sospechando que la amistad con Ciro podría acarrearle la reprobación de la ciudad debido a la opinión generalizada de que Ciro había apoyado resueltamente a los espartanos en su guerra contra Atenas, le aconsejó a Jenofonte que acudiera a Delfos y le consultara al dios acerca de ese viaje [...]. De vuelta a Atenas, le contó la respuesta del oráculo a Sócrates, quien, nada más escucharle, le reprendió por no haber preguntado antes que nada si le convenía partir o quedarse, y que habiendo tomado por su cuenta la decisión de partir su pregunta se hubiese limitado únicamente a cuál era la mejor forma de hacerlo (III 1.5-7).

Esto es, cuando Jenofonte llegó a Delfos, ya tenía su decisión tomada, y ésta estaba de parte del riesgo y de la aventura. Jenofonte fue, en efecto, un hombre de acción, y la época que le tocó vivir hizo que su vida estuviese necesariamente imbricada con los acontecimientos decisivos, tanto políticos como intelectuales, de esta parte tan convulsa de la historia de Grecia que él afrontó con el espíritu del protagonista.

Nacido en el seno de una familia perteneciente a la clase de los caballeros, al término de la Guerra del Peloponeso mostró su adhesión al programa de los Treinta, el núcleo oligárquico que Esparta había impuesto al frente de la derrotada Atenas. Fue a la caída del régimen, en tiempos de rendiciones de cuentas, cuando Jenofonte se

12. Jenofonte se refiere a sí mismo siempre en tercera persona a lo largo de toda la narración; este recurso, que aporta un aire de objetividad al relato de los hechos, será empleado también por César.

enroló con los Diez Mil mercenarios de Ciro. De vuelta en Atenas, sólo tuvo el tiempo necesario para asistir al juicio y condena a muerte de Sócrates<sup>13</sup>, porque en ese mismo año (399 a. C.) fue decretado su exilio, tal vez bajo el contaminante marchamo de «filoespartano» o quizá a causa de las acciones llevadas a cabo durante su militancia oligárquica. Lo cierto es que fue en compañía de su gran amigo Agesilao, rey de Esparta, con quien encontró nuevas sendas para la aventura: primero en una campaña militar contra Persia y más tarde en la batalla de Coronea, en la que una coalición de ciudades-estado entre las que se encontraba Atenas hizo frente común contra Esparta; el hecho de que Jenofonte luchara en defensa de esta última hizo aún más profunda la brecha que existía entre él y su ciudad natal.

Corría el año 394 a. C. y por fin el viajero encuentra espacio para el sosiego en una idílica hacienda de la que los espartanos le habían hecho entrega en pago a sus servicios. Es en este tranquilo retiro de la localidad de Escilunte, cercana a Olimpia, donde por fin un maduro Jenofonte dedica su tiempo a poner en orden sus viejas notas de campaña y dar forma a su *Anábasis*. Pero no será únicamente su recuerdo de la expedición de los Diez Mil lo que ponga por escrito, sino que a lo largo de dos décadas le dará tiempo a redactar un buen número de obras de muy variada índole, desde memorias hasta

13. Este hecho, así como otros recuerdos de su maestro, quedaron plasmados en varios escritos: *Económico*, *Memorables*, *Banquete* y *Apología de Sócrates*, este último referido al mencionado proceso y condena del filósofo; se trata de los denominados escritos filosóficos o «socráticos».